



José Luis Fernández Iglesias

Ignorancia

El Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad (TDAH) es el problema de salud mental diagnosticado con más frecuencia en niños, y se define como un trastorno neuro-psiquiátrico que aparece en la infancia y que se caracteriza por un patrón persistente de impulsividad, desatención (fácil distracción por estímulos irrelevantes) y/o hiperactividad-impulsividad (moverse y hablar demasiado) más frecuente y grave del que suele observarse en individuos con un nivel comparable de desarrollo. Puesto que prácticamente cualquier persona muestra síntomas de este tipo de conducta alguna vez, los manuales internacionales especifican que determinadas conductas deben aparecer a una edad temprana (antes de los 7 años) y continuar durante al menos seis meses. Se desconoce el origen exacto del TDAH pero los científicos creen que el trastorno podría estar causado por una combinación de un origen genético, un desequilibrio de dos neurotransmisores (la dopamina y la noradrenalina) y determinados factores externos, como posibles complicaciones del embarazo, parto o primera infancia o fumar durante el periodo de gestación. La prevalencia puede ser del 5% en la población en general, y entre el 1% y el 4,7% en adultos.

Hay adultos que se les califica de impuntuales, despistados, mal educados, nunca cumplen su palabra, patosos, no escuchan... Sin embargo, detrás de estas personalidades puede esconderse un trastorno de hiperactividad que les impide sujetar su impulsividad o inatención. En adultos, la hiperactividad puede manifestarse en forma de nerviosismo o desasosiego interno.

Casi un 75% de pacientes con TDAH tienen otro trastorno comórbido siendo la ansiedad (40%), humor depresivo (25%) abuso de sustancias (20%) y trastornos de conducta (30%) los más frecuentes. Pero lo más grave de esta enfermedad es que un 97% de los adultos con TDAH no están diagnosticados, un 75% de los niños con TDAH están sin diagnosticar y un 25% de pacientes que llegan a las consultas de psiquiatría tienen un diagnóstico erróneo por parte de pediatría o por parte del médicos de primaria.

Por los porcentajes que se manejan de niños con esta enfermedad, no es descabellado pensar que una buena parte del fracaso escolar venga producido por trastornos como éste que nos ocupa, o la dislexia, que es una deficiencia de

la lectura, la escritura y el aprendizaje cuya causa es una alteración de las zonas cerebrales que controlan el lenguaje. Afecta a un 5% de los niños de 7 a 9 años, sobre todo varones y se le atribuye una base genética sin que esté relacionada con su inteligencia.

Estos son unos ejemplos de lo que ocurre con muchas discapacidades que se han empezado a reconocer hace unos pocos años en toda su magnitud. Antes los niños eran despistados, muy nerviosos, vagos, no paraban un momento, muy trastos, muy habladores en clase, no dejaban vivir a sus compañeros, siempre estaban en su mundo o eran muy torpes. Luego se ha sabido que esos menores eran superdotados, tenían dislexia, TDAH o déficits auditivos o visuales que se detectaban, si es que esto ocurría, cuando ya era tarde y habían perdido años de estudios y en la mayoría de los casos estaban abocados al fracaso escolar. Estos efectos ya se sabe hace mucho tiempo que se pueden evitar, o limitar sus daños, con una detección precoz y con una buena política de atención temprana. Desgraciadamente, en España no está suficientemente desarrollada la atención temprana en todas las comunidades autónomas.

Siguiendo con la ignorancia, igual ocurría con las mujeres que se quejaban de dolores permanentemente. Se las acusaba de quejicas y de cosas peores, y ahora se sabe que se trataba de una discapacidad terrible llamada fibromialgia. De igual manera pasaba con personas con una profunda tristeza y falta de motivación, que lo que tenían no era una personalidad antipática y poco sociable, sino una depresión en el mejor de los casos, o un trastorno bipolar o una depresión crónica en el peor diagnóstico.

En la medicina y en la ciencia actual, que tantos avances ha experimentado en los últimos años, hay que reconocerle importantes lagunas respecto a muchas enfermedades y discapacidades. Esto provoca mucho sufrimiento a mucha gente, en unos casos porque pasan años hasta que existe un diagnóstico certero, y en otros porque sencillamente no hay diagnóstico o este es equivocado. Ahora se identifican discapacidades que antes se ignoraba su existencia, y dentro de unos años seguiremos descubriendo que muchos comportamientos anómalos o síntomas difíciles de explicar tendrán un nombre y una descripción concreta. Y aquí viene a cuento la famosa frase de que “no hay nada peor que la ignorancia”.